

El club del suicidio  
(primera entrega)

de Toru Watanabe

*This living, this living, this living,  
was never a project of mine.*

—Dorothy Parker

1

Las gotas sobre el vidrio fragmentan la luz del arbotante en el estacionamiento. Los autos en hilera visten lluvia pasada. Cierro la persiana y volteo una vez más a verte como si hubiera la posibilidad de que estés despierta, regresándome la mirada. El acordeón de aire, aquél que fuellea sin descansar es el que, dicen los doctores, te mantiene con vida. Me acerco a la pantalla que muestra el rebote famélico de un lunar y su estela verde; nada nuevo.

Alguna vez te dije que te contaría el principio de mi historia con Paulina, aunque sospecho que ya lo hizo ella. El julio pasado (otras lluvias, similar la manera de partirse el cielo), llegué de Modaro para ocupar un puesto en la Biblioteca Central de la Universidad. El trabajo era de medio tiempo, con un salario decente y largos intervalos de silencio. Nada mal. Por lo demás, tan parecida la biblioteca a muchas otras, y me alegro porque suficientes novedades tenía ya. Necesitaba un respiro; antes de mi llegada a México, los cambios no habían cesado, estaba exhausto, no sólo eso, todo me dolía, mis antepasados, la historia reciente de mi país, todo aquéllo que puede doler cuando uno opta por el autoexilio. Por otra parte, desde que era estudiante universitario, jugaba con la idea de un

libro en torno a la Beat Generation y mi nuevo empleo parecía de lo más adecuado. Heme entonces, estrenando país y trabajo, buscando dónde instalarme de manera permanente. Y así te conocí.

Después de dos días de búsqueda, el departamento que rentabas era la mejor opción hasta entonces encontrada. Te volviste no sólo mi casera, sino mi vecina del piso de arriba, así que intercambiamos datos, dinero y recibo, y mi nuevo domicilio se volvió oficial. Y luego esa construcción necesaria del nido para no sentir que está uno habitando una casa muestra: que si una lámpara de techo, que si una licuadora, que si ésta o la otra cama. También hubo que lidiar con la comida y acostumbrarme a diversos sabores que eran toda una aventura para mi paladar y mi estómago.

Tras unas cuantas jornadas en el trabajo, la novedad se agotó y lo cotidiano comenzó a instalarse, tal y como me gusta porque nada reconforta más que la estructura diaria. Pero después se me rebelaría, las piezas dejaron de ensamblar, se cayeron tuercas y remaches. De haber sabido entonces que nada volvería a ser predecible, hubiera desistido de ir a la velada que organizabas en tu casa. Sonaba inofensiva cuando me invitaste, aunque ahora me doy cuenta que no es así, nunca lo es porque toda interacción es una amenaza. Una reunión es un vestíbulo.

## 2

Modaro es un pequeño país incrustado en tierra de titanes, bueno, decir colosos territoriales basta porque como toda Latinoamérica, ninguno se distingue por su prosperidad política ni su economía a la alta, no es eso lo que impone de ellos. Tampoco son vecinos rabiosos con prácticas migratorias estrictas. Es sólo que ahí está Modaro, mi

querido país natal, un enano sin costas ni selvas, una tierra llana que parece un polizón en la bancada de los sobrecrecidos.

Sus campos abiertos no ocultan secretos. Las cosas son tal y como lucen, no hay una espesura que insinúe que hay algo más, tan sólo una extensa llanura y uno que otro río que ayudan a romper con la monotonía. Una quinta parte del país, al norte, está cubierta por una cordillera, una pared geográfica que hace, por mero contraste, que el páramo luzca aún más liso.

Aunque prometo no aburrirte con estadísticas y datos como el que está a continuación, sí quisiera tan sólo mencionarte que la densidad poblacional es de 10 habitantes por kilómetro cuadrado, ¿no te parece tiernísimo?, imagínate cuántos kilómetros se requieren para armar una fiesta numerosa. En cambio, el de México es de 53 personas por kilómetro cuadrado. Aunque si consideramos el tamaño territorial que tienen, en realidad no es una cifra escandalosa, tan es así que México, con sus conglomerados capitalinos, sus segundos pisos viales, sus edificios, sus barrios apretujados en los que se vive *cheek to cheek*, no tiene una cifra porcentual más elevada pese a estar en el *top ten* de los países más poblados.

Volviendo a mi querido Modaro. ¿Recuerdas aquella canción de Tom Waits que escuchábamos hasta el hartazgo en tu casa?, ésa que dice "Never saw my hometown 'til I stayed away too long...". Creo que en lo que a mí respecta, ya va siendo tiempo de acercarme a casa de nuevo, al menos rememorándola, asumir quizás que no debí haberme ido o en todo caso, que debí de haber actuado diferente cuando vivía allá. Me hace bien hablar de Modaro contigo, sobre todo

contigo, ahora que puedo aprovechar tu estado comatoso y desahogarme.

Cuando te conocí y yo veía el departamento que ofrecías, tú me estudiabas de arriba a abajo, haciendo tu propio diagnóstico del tipo de bicho que era. Detectaste algún acento extranjero y por supuesto vino la pregunta obligatoria: "¿De dónde vienes, eres uruguayo?", a lo que yo, por tedio supongo, o no sé por qué, solté un "ajá" confirmando tu teoría. Bueno sí sé por qué (ya basta de hacerme el que no sé), por pena, por rencor migratorio, porque estoy harto de que cuando digo: "Soy de Modaro", invariablemente el interlocutor dice "¿de dónde?", o el más descortés suelta un "y eso con qué se come". También están los más sordos que preguntan "¿estás modorro?". Y yo tengo que repetir una y otra vez de dónde soy, tragarme mi orgullo y mi identidad pisoteada y continuar repitiendo el nombre hasta que el otro, ese interlocutor ignorante (si a todo esto, ¿por qué soy yo el que se siente mal si la incultura es de otros?), comienza con las demás indagatorias: continente, colindancias geográficas, clima, latitud, en fin, y yo me siento una monografía con pies, consecuentando su desinformación. Y es que nadie conoce Modaro, nadie ha ido de visita, no está en ninguna ruta aérea. Pero si somos tan latinoamericanos como tantos, vaya, recién asociados al Mercosur, faltaba más. Fuimos colonizados como muchos otros países, nuestra independencia tuvo un costo, está bien, quizás no tan elevado como el de otros, pero también tuvimos una dictadura, bueno, no tan aparatosa como la argentina..., si ahora que lo pienso, parece que nos ignoran nomás porque la historia nos ha hecho sufrir menos.

De acuerdo, ya te dije que me iba a concentrar en mi historia con Paulina y no tardo en volver ahí, quería nada más aclarar mi origen. Soy un hijo pródigo de Modaro, tengo una tierra que llamar mía, soy algo más que un bibliotecario al que Paulina ha decidido enloquecer, asombrar, enviciar para más tarde y sin una segunda oportunidad, abandonar. Y pese a tener tanto más que me conforma, desde que la conocí no he deseado otra cosa que cruzar ese vestíbulo, entrar en tu mundo, volverme una figura inamovible para Paulina.

3

El lamento de Leonard Cohen emergía de las bocinas. Abriste la puerta sin parar de hablar con Claudio, quien estaba junto a ti en plena carcajada. Le relatabas tu última entrega de trabajo, hasta rematar con un -¿puedes creer al tarado de Esquivel?-. Yo intento integrarme a la plática. Mientras entro, me sueltas dos o tres nombres sin que me quede claro cuál es el de quién y tú me presentas como tu nuevo vecino. El relato que pesqué a la mitad comienza de nuevo, como si en verdad valiera la pena no perdérmelo.

Estoy a lado de la ventana, contra la pared, con mira panorámica y cerveza en mano. El tapiz continúa su relieve sobre mi cara, mi ropa; nadie me ve, y en cambio yo, no pierdo un solo detalle. Te mueves libre entre todos, con las tablas de una buena anfitriona. "Carlota", siempre alguien dice tu nombre, y respondes, alzando tu vaso, soltando un chiste privado, dueña del territorio, parte fundamental de esa maraña colectiva. Mientras tanto, ahí estaba yo, viendo cómo tú no me veías, convertido en un pedazo de tapiz, a punto de emigrar a otra pared de tan ignorado que me sentía.

Pero persistí. La tarde avanzaba y cada vez obtenía más en claro quiénes eran cada uno o qué papel representaban en ese microcosmos añorado, con esa nostalgia inaprehensible de lo no vivido. Un interactuar con tal desparpajo que yo nunca tuve con mi gente en casa y que me remitía tanto a los beatniks. No sabes qué ataque de sorpresa me dio cuando caí en la cuenta que eso era lo que me fascinaba de ese mundo tuyo, ahí, a punto de convertirme en tapiz se me reveló la idea (que habría de volverse de concreto) de que ustedes eran los herederos mexicanos de la Beat. A media estancia estaba Rodrigo, con una vestimenta a lo "encuentro de dos culturas", pantalón hindú y una playera con un inmenso Golden Gate de San Francisco. La trenza a media espalda, la barba salvaje, más pelirrojo que rubio, y hablando de similitudes, tan parecido a Gary Snyder que daban ganas de tomarle una foto. Su plática, sin aspavientos ni pausa, sino un hilo continuo y en ningún momento desmotivado por la poca atención de la mujer a la que se dirige, quien parece ignorarlo y más bien se concentra en bailar lo imbaillable. Y siguen y siguen, uno sin renunciar al monólogo y la otra sin enterarse del espectáculo que aporta con su descoordinación. Y así, de acuerdo al propio Gary, llega la poesía:

Se acerca dando tumbos por las  
rocas de noche, se queda  
temerosa donde el  
fogón no alcanza a iluminar  
voy a su encuentro al  
filo de la luz

(O algo así: It-comes-blundering-over-the Boulders-at-night,-it-stays Frightened-outside-the Range-of-my-campfire I-go-to-meet-it-at-the Edge-of-the-light.)

Los pequeños ciclos dentro de los ciclos: otra cerveza, otro cigarro. De sentirme fuera de lugar a creer que mi camuflaje tipo tapiz es en realidad un palco de honor. Leonardo, quien me fue presentado muy de paso, está sentado sobre la barra de la cocina, sus lentes de armadura gruesa apenas disimulan las ojeras moradas y la borrachera no se alcanza a cubrir tras los vidrios. Tiene un cierto parecido a Paul Auster aunque con la tez más blanca, a qué otro beatnik puede personificar sino a Allen Ginsberg, el labio inferior grueso, las orejas un poco grandes. Algo desgredado, lo cual por un instante lo asemeja a un rabino joven más que al elemento temerario que me invoca. No, pero es él, fue tan claro, Leonardo es Allen, ladeado como si hubiera perdido el poste que le apuntale la borrachera.

¿Tú quién eres, Carlota? Porque ya entrados en juegos no te voy a negar que me lo pregunté. Sentada junto a Claudio, convidándose un porro, los dos cuerpos escurridos en el sillón, las piernas desparramadas, la conversación cómplice y seria, como si en ese preciso momento estuvieran encontrando el centro de las cosas. Claudio era Kerouac, no hubo quién le quitara dicho papel y no sé si porque, una vez concentrados en la labor del reparto, el prioritario en solucionar era Jack o porque en verdad Claudio me lo trajo a la mente apenas verlo. El caso es que se adueñó del personaje y conforme lo fui conociendo supe que le había acertado.

"Give me crack and anal sex, take the only tree that's left, and stuff it up the hole in your culture" ¿Cómo le hizo Leonard Cohen para apropiarse de las bocinas de nuevo? Supongo que cuando la música comienza a repetirse es hora de dar por muerta la reunión.

«Justo cuando hablaste, cuando me iba, cuando lo pensé, justo en ésas estaba...» Qué hay con la precisión de los eventos para suceder cuando están a punto de no poder hacerlo, de perder su oportunidad. Parece que en la vida de todos hay un momento llamado justo, y ésta no es la excepción. Justo cuando abandoné la idea de integrarme a tu fiesta, justo al abrir la puerta, ahí parada a punto de tocar, estaba Paulina. -¿Quién eres?-, preguntó con desenfado. -El vecino, ¿y tú?-, -la mejor amiga-, contestó retadora, que en el póker sociológico, vecino vale una pizca, y ella en cambio es la mismísima flor imperial. Seguí mi camino, y como ya sabes, ella no alteró el suyo y fue a saludarte.

4

Las luces del mezanine apagadas, el lugar vacío. En el pasillo de literatura norteamericana mordí el anzuelo. O para ser más preciso, mordí su labio inferior, estrujé sus senos, la rodeé con mis brazos. Un par de días después de tu fiesta, Paulina se presentó en la biblioteca poco antes de cerrar. La gripa del segundo turno me obligó a cubrir sus horas, larga y agotadora la jornada, ésas de tarde lluviosa que invitan a la tropa al interior cálido de la biblioteca. Cantidad de visitas ocasionales que manosean y revuelven los libros para disimular que en realidad sólo están ahí para no mojarse. Al fin, la lluvia había cesado y la manada se distribuía entre paradas de camiones y

estaciones de metro. Frente al mostrador, Paulina me saludó con una cierta familiaridad que no correspondía a nuestro brevísimo y único encuentro. Mencionó dos títulos de John Fante, uno de ellos recién traducido al español y el otro aún en el inglés original. La guié al mezanine donde antes de encontrar el interruptor de luz, la sentí, recargada en mi espalda, su respiración espesa, sus manos sobre mis glúteos.

Esto no le pasa a gente como yo. A gente como yo, cuando le pasa, simula no haberse dado cuenta o huye para arrepentirse más tarde. Y yo, Nicolás, no fui yo y tomé de frente lo que Paulina ofrecía. A decir verdad, a partir de esos segundos en que me negué a ser yo, no he vuelto a serlo desde entonces. Esos instantes se han estirado tiñéndolo todo, torciendo mi naturaleza hasta no reconocirme. Esa firme, tibia embestida, con las piernas de Paulina prensadas a mi cintura, es la que me llevaría más tarde a caminar por la vereda de los desamparados.

¿Por dónde continuar, Carlota? De noche, se percibe más fácil el silencio de julio que espera con cautela algún airecillo traicionero que lo saque de tanta quietud. Y yo, que dejé de ser yo de entonces para acá, he insistido en continuar con ustedes por el tiempo que me otorguen, aunque esa incertidumbre me robe todo reposo.

Tú dijiste -sirvo los vodkas- y Rodrigo se levantó a cambiar el fondo musical. Mientras, realizo un inventario de los lunares del sillón, ábaco desmembrado que se burla de mí, me hipnotiza con esos juegos caleidoscópicos muy a lo Disney, como de "Los tres caballeros". La misma noche de nuestro encuentro en la biblioteca, Paulina me invitó, así

de golpe, a ingresar a su mundo y al tuyo, que ambos se dibujan casi iguales. La reja se abre en silencio, sin un solo chirrido que advierta al ingenuo. De cualquier manera, ya era tarde, por voluntad propia o por inercia, esa reja ya estaba abierta. Heme ahí, de nuevo en tu casa, con tus amigos más cercanos. Nadie parecía cuestionar mi presencia, bastaba con que Paulina lo avalara y con esa naturalidad fingida acabé fumando marihuana por primera vez. Si ese pinche sofá no se quedaba quieto pronto, iba a tener que mandar al carajo mi imagen en construcción y pedir ayuda.

Rodrigo fue atacado por sus ganas de resumen biográfico y todos por un momento nos dejamos envolver por su explicación algo inconexa. Curioso el proceso, nos dijo, desde el block de recetas médicas con directorio de farmacias de 24 horas, a la fiebre por lo natural, obsequio de la madre tierra con ayuda del hermano clima. Nada de medios tonos que en ese entonces, entrarle a algo era casi un pacto de honor. En un desierto mexicano, previo pase mágico, encontró esposa. En otros rounds se topó con el gurú nepalés, con él mismo, y más tarde con Dios. Luego el amor libre en los jardines de la universidad, una demanda de divorcio, un psicoanálisis por tres años. Ahora, aclara, todo está en el equilibrio, en no llevar al límite sus ideas y menos aún, no ponerse en la línea por ningún accesorio orgánico. Claro que de teorías está hecho el hombre que se refabrica a diario.

Qué necesidad de quemar trópico, si yo no sé ni cómo. Padecer la extraña medida del tiempo con un minuto que lo contiene todo, tres en blanco, o bien, perder también la medida del tiempo, aunque las medidas se pierden y no. Perder la medida del tiempo por unos minutos. Por unos minutos. Con tan sólo mencionarlo, las manecillas dan

zancadas y recuperan el tiempo y su noción. Luego caigo de nuevo en el efecto ocular de los lunares del sofá; fuera de la jugada.

Comparto el finalmente-domado-sillón con Claudio y Rodrigo, nadie parece notar el pegosteo de hombros que nos traemos, excepto yo, el más tieso, el más ajeno. Recostada en la alfombra está Paulina, lejos de todos, sin voltearme a ver ni por error.

-¿Quién tiene hambre?- preguntas, mientras sales de la cocina con una penca de plátanos dominicos y unas tiras alimonadas de jícama. Colocas los platos sobre la mesa y ésa es la señal para que todos se arremolinen en torno a la comida. Agachados, forman una mandarina de traseros mientras yo no encuentro cómo superar el letargo; ni siquiera el monchis es hueso suficiente.

6

Monchis. Hueso. Soy feliz de usar palabras mexicanotas, me hacen sentir aquí, presente, incluido. Ni modarense, ni de provincias, sino chilango como el que más. Es fascinante lo que le hacen al idioma en esta ciudad, o quizás sucede en la misma medida en otros países, siendo así, tendrás que perdonar mi falta de mundo. Retomo: qué torceduras idiomáticas se encuentra uno por ahí y debo decirte, tus amigos son especialistas, tienen unas palabrejas que no escucho en ningún otro lado, ni en la calle ni en la biblioteca, y no me aguantaba las ganas de hacerlas mías. Luego me sucede, claro está, que las suelto en el trabajo, con mi cara de "ya soy de aquí, acuérdense que la tierra que adoptamos es tan importante como la que heredamos, así que ya soy como ustedes, mexicano, chilango para acabar pronto", y por supuesto, sólo despierto expresiones de

asombro, algún "¿qué dijiste?" medio escéptico o de plano una risa. Así fue cuando supe que ustedes manejan un subíndice del slang nacional.

Recuerdo aquel glosario beatnik que circuló ampliamente (sí, tanto que llegó a Modaro), con palabras originadas en los entornos jazzísticos pero sazonadas por la generación beat. Cómo es que *apple*, o sea manzana, significa para ellos urbe, confluir del asentamiento en su totalidad y en cambio en México, la manzana delimita tan pocas calles, cuatro cuadras apenas y sin importar si es una colonia perdida donde nada sucede. O *cat*, un tipo con estilo, perteneciente a la escena correcta, cuando aquí gato nos remite a los entornos más burgueses y frívolos donde se utiliza para denominar a alguien corriente, naco. Y no como en "lo naco es chido", frase en la que simpatizan con Botellita de Jerez, en un afán de recuperación del barrio, sino lo naco como inadecuado, como involucionado en la moda y el habla. Y el último ejemplo, *bread*, o sea pan, que para ellos significa dinero y en cambio aquí el pan es pan y la plata es lana..., bueno, creo que me entendiste.

Ustedes por ejemplo tienen el término "coimplotar" que me parece bastante más gráfico que "explotar" porque es una mezcla de locura con indigestión y dado que últimamente soy habitante honorario de la cruda, es una palabra que viene muy a modo. Bueno, y el "chispate" para decir "largo de aquí" o "déjame en paz" también suena a combustión. O "colocado" para decir que está uno bajo los efectos de algún estupefaciente, cuando en realidad lo que se logra es lo contrario: estar descolocado, salirse de los lindes que habitualmente lo restringen a uno.

Y tantos más términos con los que podría hacerse un diccionario completo, alternativo al de la Honorabilísima y

Siempre Ponderada Real Academia Española. Calabaza, chayote, tuna, papa, fresa, acitrón, me divierte que los vegetales sean parte del slang: entre lo ilegal, lo popular y lo burgués se podría plantar toda una huerta.

7

Por mera asociación, estar en México me acerca a mi tema de estudio, es decir a la Beat Generation. Aquellos escritores que encontraron su camino hacia México, su vida nocturna, sus desiertos, su marihuana de fácil acceso. La verdad sea dicha, cualquier lugar fuera de Modaro me iba a acercar a los beatniks porque no había sitio más distante de ese existencialismo urbano (¿o de ese urbanismo existencial?) que mi país. Pero en fin, México de seguro olía a ellos. Dudo mucho que esta bola de yanquis hubieran querido patearse las carreteras hasta llegar al norte, cruzar la frontera de esos otros vecinos, cuando Canadá suena tan pulcro, tan adecuado, demasiado lustroso para ellos. No, había que llegar a México donde el extranjero que anda en busca de cochambre no tarda en encontrarlo. Y yo, como ya dije, no tardé en encontrarlos a ustedes, mi propia representación de lo que pudieron haber sido aquéllos, y aunque tú y tus amigos no parecían mostrar ningún interés hacia la literatura, sí estaban decididos a hacer de los cánones sociales un cerillo junto a la fogata del conservadurismo. Eran una generación de fugitivos, como el propio Jack dijo y hace un poco de juego con esto que escribió:

El jazz se suicidó  
pero no dejó suicidarse a la poesía  
no temas el frío aire nocturno  
no escuches a las instituciones  
cuando devuelvas manuscritos a la arenisca

Al recordar ahora las reuniones contigo y tus amigos, me parece más bien como una sola sesión sin fin, una fiesta interminable. O no: de la borrachera a la cruda y de nuevo a empezar, digamos entonces que era una cadena cuyos eslabones estaban ahí para tener una culminación bastante predecible: acabar lo más colocados que se pudiera. Es cierto que cada noche tenía su propio sello: ya sea que sí lograba llevar a Paulina a mi cama (o ella a mí, la verdad sea dicha), o bien que me tocara probar alguna pasta o ácido o tacha o como sea que denominaran a la guarnición de ese momento. Y cómo olvidar el factor Claudio, un detonante en sí mismo, preparado, como diría el viejo Jack, "para volar a la estratósfera y explotar como cohete amarillo". Claro, si dicha explosión resultaba grata o más bien algo demente, era una sorpresa a descubrir en cada encuentro.

Ahora me asombro de cómo es que lograba ir a trabajar o cómo la cruda y la falta de sueño no me llevaban a estrangular a algún estudiante. Ay, los estudiantes, sobre todo los de primer semestre, si vieras las escenas que hay que tolerarles. La masca-chicles que se hace rulitos con el pelo y cree que despierta tu simpatía mientras dice: "Este..., ¿cómo se llama ese escritor?, ése, el que escribió ese libro sobre la guerra superfamoso..., ándale, tú de seguro sabes", así, dispuesta a arrojar sobre mi regazo su problema, su ignorancia, su tarea. O el granuliento que insiste que lo he visto miles de veces y por lo tanto tiene derecho a sacar libros sin necesidad de su credencial, y a quien le explico, con una paciencia de santo modarense, que sin su credencial no puedo buscarlo y registrarlo en la computadora, a lo que el granuloso, ofendido, me responde: "pinche esclavo de la modernidad, me

cae, como chimpancé, cabrón. Un buen día te van a reemplazar por una máquina, te lo juro...”, ¿por qué no lo molí a golpes?, no lo sé.

La vida laboral de ustedes es menos exigente en cuanto a sus horarios y por lo tanto resulta más amigable con las crudas. Paulina atiende la dulcería de un cine así que comienza sus jornadas más tarde. Rodrigo pertenece a esa extensa estirpe de meseros y ejerce en un restaurant vegetariano donde se respira salud. Tú organizas tu propio tiempo, con esos diseños que haces para una revista (¿cuál?, no lo sé, creo que nunca he visto un ejemplar), al igual que Leonardo, quien es corrector de estilo. Claudio cambia de giro constantemente y a menudo recae en el desempleo, lo cual no parece mortificarlo. En fin, la verdad es que yo soy quien se merece una medalla por lograr cumplir en el trabajo, siempre puntual pese a sentir que el cerebro iba a perder su ensamble. Me podías ver caminar por los pasillos de la biblioteca deteniéndome la cabeza como si, al soltarla, pudiera caerse. La bóveda craneal tirada por ahí, entre los ficheros de Sociología, era una imagen que me parecía factible en ciertas jornadas cuando alcanzaba las más cruentas resacas.